

## LA ORIGINALIDAD DE LA MÍSTICA ESPAÑOLA. EL REALISMO ESPIRITUAL

Acabo de terminar un largo y detenido estudio sobre la mística española de los siglos XVI y XVII, sus diversos derroteros, altas cimas, valles abismales, desviaciones, lenguaje, disputas, autores. Ocasión propicia para preguntar por lo que, a mi parecer, constituye el exponente más claro de su originalidad. Lo designaría con dos palabras: realismo espiritual, o integración de cuerpo y alma en las tareas del espíritu.

1. La mística española, siguiendo al Evangelio, señala al cristiano una meta inalcanzable: *sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*. El hombre es ser en camino, puede pecar y peca. No es impecable, como dicen los alumbrados, ni tampoco está esencialmente corrompido y todo en él deviene pecado, según parecer de los luteranos. Dios perdona, el hombre pide perdón, y el Evangelio trae la alegre nueva del perdón de los pecados, del padre que sale a abrazar al hijo pródigo.

El Sacramento de la penitencia, después del bautismo, nos convierte en hombres nuevos. El cristiano es capaz de mejorar, de transformarse en Dios, de conquistar paso a paso el idea de la perfección. Nuestros místicos, desde Osuna, Palma y Laredo, siguiendo por San Juan de la Cruz y sus discípulos, hasta Molinos, escriben para aquellos que «ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo»<sup>1</sup>, «que están ya aprovechados y encaminados en la oración»<sup>2</sup> y buscan la unión con Dios.

2. Ellos aceptan en totalidad la buena nueva. El Evangelio es el mensaje más realista, y por lo mismo más humano y humanista. Describe lo que puede el hombre de fe, no sólo con sus fuerzas naturales sino con la ayuda permanente del espíritu, que vivifica su interior, desde el punto de partida, que es el pecado, hasta el de llegada a la visión intuitiva, pasando por todas las alternativas y recomienzos que exige la confrontación permanente entre nuestra carne y nuestro espíritu. Aquí entronca la capacidad creadora y eficaz del hombre, cantada con la humildad que comporta nuestra debilidad y contingencia, y siempre respaldada por el que prometió estar con nosotros hasta el fin de los tiempos.

3. El Evangelio distingue con claridad lo que puede el hombre por sí mismo, ayudado por Dios, y lo que puede en virtud de la acción espe-

1 San Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*, Prólogo, 9.

2 M. Molinos, *Guía Espiritual*, p. 105.